

En el tiempo del porvenir: La Universidad de Puerto Rico en su nuevo siglo

Silvia Álvarez Curbelo
Catedrática-Escuela de Comunicación
UPR-Río Piedras

Cuando yo era chiquita, aquí en Ponce, la gente hablaba del tiempo del cometa. Para la niña de trenzas que estudiaba en el Colegio Ponceño de Varones, con aquellas venerables pero temidas maestras, Rafaela González de segundo grado, Aglaé Pou de tercero, el tiempo del cometa era un tiempo pasado al que no se quería regresar. A mí me gustaba otro tiempo, el que estaba por llegar, un tiempo abierto que cada día nos traía cosas nuevas por aprender y por aspirar. El pasado siempre rondaba y había que negociar y reconciliar en aquellas décadas de 1950 y 1960 entre el álbum social de recuerdos y costumbres que nos decía lo que teníamos y no que hacer, a quién recordar, a quién rezar, a quién no mirar y las páginas algunas en blanco, otras llenas de fantasía futurista sobre el mundo del porvenir. Las más de las veces el futuro ganaba, aún cuando caíamos a menudo en incontinencias de las que ahora nos arrepentimos por lo mucho que botamos y sustituimos.

¿En dónde se tejieron los tiempos de promesa para Puerto Rico? En muchos sitios: en las pantallas de cine, en los libros escolares sobre cómo se vivía en otras tierras, en los viajes, que nos dejaban la boca abierta, Nueva York; pero también en los discursos públicos que apuntaban jalda arriba y en

los que Puerto Rico dejaba de ser una plantación empobrecida y se tornaba en un país moderno. En ese tiempo – en el futuro- queríamos vivir. Pero algo pasó que los puertorriqueños dejamos de pensar en futuro -que siempre se nos da bien- y comenzamos a consumirnos en el tonto presente que achica horizontes y acorta miradas. En esa estamos.

En el año 2003, se me encomendó, junto a la también historiadora Carmen Raffucci, la edición de un libro conmemorativo de los cien años de la Universidad de Puerto Rico. Con mucho entusiasmo y *cariño verdad*, como dice la vieja canción española, once autores de la talla de Magali García Ramis, el arquitecto Enrique Vivoni, el sociólogo Jorge Duany y la escritora Marta Aponte Alsina hilvanaron un relato desde sus particulares sensibilidades sobre lo que para todos ellos y, seguramente, para todos ustedes es la institución pública pivotal de nuestro país. El libro que titulamos *Frente a la Torre* dividió la historia de la Universidad en diez décadas. Un último ensayo, de la autoría de Rubén Ríos Ávila, abría la mirada hacia el porvenir de un nuevo siglo. En la Introducción, las editoras nos hicimos la siguiente pregunta para nada retórica:

¿Qué de viejo y qué de nuevo depara el futuro universitario?

Que no quede duda. La Universidad tiene con qué y por qué resignificarse en función de un mundo, un país y un conocimiento transformados. A lo largo de cien años, su olfato de los tiempos, su oído en tierra, le ha permitido, con y sin leyes universitarias, reinventar su papel de dispositivo de cambio social y cultural. Si hasta ahora la vida de Puerto Rico no ha podido contarse sin su concurso, no habrá de cambiar esto en el nuevo siglo universitario. Quizás se trate de revalorar lo que han sido sus grandes fortalezas: Su relación entrañable con el país; su confianza en el poder movilizador del saber; su voz crítica y creativa que siempre sale a flote no empeece dirigismos y normalizaciones.

La Universidad siempre es porvenir, gracias a Dios y a los verdaderos universitarios. Lo fue en 1903, cuando se inició en una finca frutera como escuela normal y escuela agrícola. Lo fue en 1913, cuando inauguró su Escuela de Derecho. Lo fue en los treinta, cuando desde sus aulas se escribieron muchos de los textos fundacionales de nuestra búsqueda – incesante, inacabada- para comprendernos a nosotros mismos y cuando se construyó su torre emblemática, siempre anhelante; lo fue en los cuarenta y los cincuenta, cuando graduó los profesionales que la modernización de nuestro país precisaba

y ayudó a crear las instituciones y las políticas públicas que nos harían salir del atraso; lo fue en los sesenta y setenta cuando el país junto al planeta, se transformaron en onda masiva y la universidad multiplicó sus sedes y se convirtió en un sistema; lo fue en las últimas décadas del siglo 20, cuando las tecnologías, la globalización y el fin de utopías políticas y culturales le cambiaron el perfil a las aspiraciones sociales. La Universidad siempre es porvenir. Y es ese entendimiento, sobre todo ese entendimiento, el que puede permitirle ser una institución pertinente e indispensable.

El libro que hoy presentamos es una reflexión sobre un tiempo preciso de la Universidad, inscrito en futuro, aún cuando abreve de las fortalezas y los patrimonios acopiados desde su fundación. Su autor se instala en el entresiglos y entremilenios -hace poco más de una década- cuando asume la presidencia de una Universidad a punto de cumplir una centuria de servicio al país. Desde ese parteaguas, por partida doble –siglo y milenio-, lideró una gestión compleja en la que la Institución se abocó a proveerle al país los elencos profesionales, la investigación competitiva, el servicio público y, no menos importante, el pensamiento estratégico que requerían los desafíos ineludibles de un mundo globalizado y donde las formas de producir conocimiento se habían modificado profundamente. Los puertorriqueños podíamos ser productores de saberes y de tecnologías no sólo los trasmisores de conocimiento ajeno.

A lo largo de ocho años -de 2001 a 2009-, la Universidad se renovó en clave de futuro. Lo hizo mirándose institución adentro, combatiendo el engrimiento y la complacencia, los dogmatismos y las rutinas -algo que le cuesta mucho a las universidades y a los gobiernos-; combatiendo también las estrecheces político-partidistas que insisten en ver la Universidad como botín electoral y combatiendo el anti-intelectualismo que permea como virus estacionario a este país y que aplaude al “jaiba” y al “deslenguado” que habla “en arroz y habichuelas” aunque haga fiesta con las confianzas y las finanzas del país. Antonio García Padilla condujo un proceso de transformación de las estructuras, los procesos académicos y administrativos, y de las metas públicas de la UPR desde el convencimiento de que los tiempos del país tenían que pasar, tenían que ser anticipados por la Universidad.

Al regresar a su cátedra en la Escuela de Derecho en 2009, comenzó a escribir *La universidad y el país: escenarios del siglo 21*, que constituye una memoria y una reflexión sobre su gestión a la cabeza de la Institución. En nuestro país, donde la memoria social sufre de déficit de atención perenne y peor aún de amnesias, muchas de ellas selectivas, y donde el récord y el dato son sustituidos a menudo por un relato mal tejido de leyendas urbanas y cuentos de camino, el libro es una incisiva auditoría en la que se discurre por los grandes dilemas que enfrenta la universidad pública puertorriqueña y cómo, a contrajuego de la lógica binaria del sí y del no que siempre cancela, se proponen equilibrios y diálogos que en

última instancia constituyen el único lenguaje posible en una universidad y en un país, valga la añadidura.

Viene muy a propósito que el libro sea presentado aquí: en los siempre generosos predios del Museo de Arte de Ponce. Uno de esos dilemas sobre los que reflexiona el presidente García Padilla y que puede ser paralizante si nos sometemos a esa lógica castrante de opciones cerradas es aquél que enfrenta el funcionalismo de las estructuras y su belleza. ¿Por qué lo estéticamente valioso se mira con sospecha cuando no hay mejor acicate para investigar, para impartir docencia, para descubrir los múltiples mundos de la creación que lugares bien contruidos y equipados; pero también con buen porte, con formas agradables, con arte integrado? A la prueba me remito como dirían los abogados: el estupendo edificio de Ciencias Moleculares al costado del Jardín Botánico y que el presidente García Padilla inaugurara en 2009- ¿Por qué comprar un piano -algo que no se hizo-, o un órgano que sí se hizo, es objeto de escarnio como si fuese indigno de la Universidad y del País mismo aspirar a lo bello? A santo de qué hay por qué escoger entre lo bueno y lo bello o entre lo útil y lo bello. Son dilemas falsos. Como lo son otros que García Padilla va despojando de su inevitabilidad como oposiciones para presentarlos bajo una gramática nueva, como por ejemplo, el afuera y el adentro, la pugna entre lo propio y lo ajeno, entre la isla y el mundo que a veces nos atormentan tanto no sólo en la Universidad sino en el país donde tantas cosas quedan valoradas o devaluadas de acuerdo a nuestro cabezón insularismo.

Antonio S. Pedreira transita por muchas de las páginas de este libro. A dos años de cumplir ochenta de publicado, en medio de la gran Depresión que abatió a la isla y al mundo, el libro clásico del siglo 20, *Insularismo*, reverbera de actualidad. Para García Padilla, en la Universidad, pero en tantas otras gestiones y posturas de nuestra vida como pueblo, somos mejores puertorriqueños, el país navega con seguridad y no languidece al garete, cuando nos abrimos al mundo ancho porque entonces ese mundo deja de ser ajeno. Los mejores momentos de nuestra historia han sido aquéllos en que nos atrevimos a mirar mar afuera como cuando Ramón Power nos representó en Cádiz como nuestro primer diputado y exigió el fin del despotismo y la arbitrariedad en nombre de los derechos de la Humanidad. Pero en aquel entonces, hace poco más de 200 años, los cinco municipios puertorriqueños se miraron primero hacia adentro y produjeron instrucciones que encomendaron a Power para el bien de esta tierra.

Para García Padilla, en la línea de Pedreira, la Universidad es el lugar idóneo para el encuentro entre lo propio y lo ajeno. Tomemos, por ejemplo, el tema de las acreditaciones que ocupó mucho del esfuerzo de la institución y que es uno de los grandes logros de nuestra Universidad en ese período. ¿Qué pasa cuando los programas y las facultades universitarias entran en un proceso de acreditación que certifican su idoneidad académica y su idoneidad en

la formación de profesionales? Lo que sucede es que dejamos de mirarnos en el espejo propio que termina siempre diciendo “tú eres la más bonita del reino” para mirarnos en el espejo de los mejores que no siempre son tan obsequiosos, pero mucho más honestos. Nos proponemos los mejores estándares y dejamos de consolarnos diciendo “hace unos años estaba aquí y ahora estoy un poquito más adelante” para proclamar “estoy hoy a la altura de universidades comparables a la mía”.

En el año 2006, la Universidad definió su futuro con un documento estratégico llamado *Diez para la Década*, producto de conversaciones, de diálogos y de negociaciones. Este plan tuvo para mí tres significados fundamentales: en primer lugar, proyectó los rumbos de la Universidad para su próxima década, la primera de su segundo centenario, en función de consensos importantes para servir a la Institución y al País; pero más importante aún, con un mandato de operacionalización y un mecanismo de rendición de cuentas. Nada de planes para consumo mediático. Lo segundo, disolvió por inoperantes esos dilemas que nos ponían entre dos polos igualmente rígidos e imposibles de cumplir y planteaba una nueva manera de ver a la Universidad y al País. En tercer lugar, y quizás lo más importante, nos devolvió el tiempo del futuro, porque en última instancia, lo que el futuro quiere decir, es que somos siempre un proyecto, siempre un camino en construcción, un gesto del espíritu hacia delante, hacia arriba.

Sobre cómo García Padilla resuelve los dilemas no les voy a decir más. Quiero que todos lean el libro. Lo que sí quiero puntualizar es que ahora es el momento más oportuno y justo para leerlo. Para aquilatar los trabajos y voluntades de una generación de puertorriqueños al servicio de la Institución que respetamos

profundamente y al servicio del País que reclama de sus hijos lo mejor de sus talentos y de su creatividad. La Universidad siempre anticipa al País en sus aspiraciones. Como tal, el libro, es una buena nueva. Créanme, se los dice una niña con trenzas de Ponce, la que aún vive en mí.



**Ponencia presentada en la presentación del libro La Universidad y el País: Escenarios del Siglo 21 en el Museo de Arte de Ponce. Esta actividad fue auspiciada por la revista Ceiba.